

**PRESENTACIÓN DEL NÚMERO 3 DE *PYGMALION*
EN BUENOS AIRES
JANA PACHECO, CARLOS BUERO Y CARLOS GOROSTIZA**

***PYGMALION* EN BUENOS AIRES
JANA PACHECO**

EL PASADO 31 de octubre tuvo lugar en el Centro de Cooperación de Buenos Aires la presentación del número 3 de *Pygmalion*, dedicado a las relaciones teatrales entre España y Argentina. El acto contó con la presencia del gran dramaturgo Carlos Gorostiza, cuya obra *El puente* se edita en la revista, en la versión de Antonio Buero Vallejo.

En el acto participó Lucía Laragione, miembro de ARGENTORES, que, muy emocionada, manifestó que «la imprescindible voz de Gorostiza sigue sosteniendo el seno de la responsabilidad de “El hombre por el hombre”», y que su teatro atraviesa la trama de nuestro teatro argentino en los últimos sesenta años. «Ahora ya es un clásico», terminó diciendo. Raul Brambilla, director del Instituto Nacional del Teatro, felicitó al ITEM por haber creado una revista de vocación comparatista, *Pygmalion*, que propicia la oportunidad de estrechar lazos entre diferentes culturas. Sus palabras hacia Gorostiza fueron también emotivas ya que lo destacó como un referente para los autores argentinos de la segunda década del siglo XX.

Carlos Fos, presidente de ARGENTORES (Asociación Argentina de Crítica e Investigación Teatral) resumió los artículos de investigación que se integran en el volumen. Destacó además el valor que tiene para el teatro la investigación exhaustiva, la recopilación de fuentes, y los estudios comparativos con otras disciplinas como la antropología. El investigador teatral nos transmitió que una de las claves fundamentales para ser un gran historiador es la sencillez, la constancia y el amor por lo que uno hace.

Javier Huerta Calvo, director del ITEM y de *Pygmalion*, se refirió al epistolario entre Buero Vallejo y Carlos Gorostiza, un lazo de amistad que no consiguió romper la censura franquista. Una historia de amistad entre dos hombres que nunca pudieron estrechar sus manos, pero que salvaron la distancia del océano gracias a su pasión por el teatro.

Jorge Dubatti, coordinador del monográfico, leyó un texto enviado por Carlos Buero, hijo de Buero Vallejo. «Entre ellos primaba la sencillez, la franqueza, la cortesía y el respeto por los puntos de vista del otro. Eran dos caballeros carteándose», declaró. Carlos Buero pudo ver

El acompañamiento, de Carlos Gorostiza, cuando su padre ya había fallecido y le hizo llegar al dramaturgo sus impresiones al ver esta obra: «El teatro, como la vida, es capaz de brotar entre las fisuras del hormigón más armado». Trascendiendo la distancia de la muerte ambos autores se habían unido por el reconocimiento que habían tenido como dramaturgos en sus distintos países y por un modo de pensar común que hacía de sus almas un reflejo superador de todas las distancias. Ambos, con el tiempo, han conseguido ese encuentro anhelado.

Finalmente escuchamos al gran protagonista de la noche, Carlos Gorostiza, «un joven dramaturgo que promete», en palabras de Dubatti. El dramaturgo habló de cómo le llegó la noticia del estreno de *Historia de una escalera*, el mismo año que él estrenaba *El puente*. Relató la relación epistolar entre ambos y nos regaló el momento más emotivo de la noche dirigiéndose a Buero, como no podía ser de otra forma, mediante una nueva misiva, que leyó con emoción. «Hemos sido buenos compañeros de viaje –dijo Gorostiza– y nadie negó tu amor por la condición humana». La voz del dramaturgo argentino fue diluyéndose poco a poco para quedar ahogada por un gran aplauso y cierta melancolía que el propio Gorostiza se encargó de mitigar invitando a todos «a reír un poco».

DE BUERO A GOROSTIZA CARLOS BUERO

Hacia el año 2003, Pablo Agrest, editor de Stockcero, se puso en contacto conmigo porque quería incluir *En la ardiente oscuridad* dentro de su catálogo. Me explicó el perfil de su editorial, cómo funcionaba el sistema de *edición sobre demanda*, la factura de los libros y a quién iban dirigidos, y añadió como guinda (y también podría decir: «como joya») que le había pedido a Carlos Gorostiza que hiciera el prólogo. Que apareciera el nombre de Gorostiza era algo verdaderamente extraordinario: no hacía mucho tiempo que se había conocido, gracias a una investigación sobre la censura, que Buero Vallejo realizó una adaptación al castellano de la obra *El puente*, nunca estrenada por haber sido prohibida. La busqué en vano entre los manuscritos y libretos de mi padre y al no encontrarla incluso dudé de si se trataba de un error. Me remitieron copia del documento donde constaba la presentación de *El puente* a la censura y di el texto por perdido en el misterio de aquellos lejanos años 50 en que resultaba que mi padre se había puesto de acuerdo con un autor argentino para llevar una obra suya a los escenarios madrileños...

Pero de repente, Gorostiza *llamaba a la puerta* y con él, no sólo la posibilidad de atisbar esos tiempos de antes de uno mismo, sino sobre todo la de poder acceder a esa versión desconocida. En cuanto Pablo Agrest me confirmó que Gorostiza había aceptado escribir el prólogo, le pedí que nos pusiera en contacto. No recuerdo si llegué a llamar a Buenos Aires para agradecerle el gesto o fue mediante el correo electrónico como primero le conocí. En todo caso, entre correos y preguntas, poco a poco fui desvelando algo de ese pasado y sabiendo que Gorostiza y Buero habían mantenido una relación epistolar de décadas pero que nunca llegaron a verse, que hubo al menos dos ocasiones en que esa posibilidad podía haberse materializado pero que, en una, Carlos fue absorbido por sus obligaciones oficiales dentro de la visita de Raúl Alfonsín a mi país, y en la otra, Antonio ya estaba mayor y enfermo como para poder viajar a ver el estreno de *La Fundación* en Buenos Aires. Sin embargo, Carlos conservaba la versión de *El puente* que había hecho Antonio y muy gentilmente me hizo llegar una copia. Estaba en mis manos, se había producido el rescate, y ya contaba con ese *puente* versionado por mi padre. Eso creía entonces. Pero me equivocaba.

El puente, de Carlos Gorostiza, en adaptación para la escena española de Antonio Buero Vallejo, no era esa copia mecanografiada que recibí, ni tampoco el original cuidadosamente guardado en Buenos Aires. El verdadero *puente* es lo que tienen ustedes sobre la mesa, lo que motiva este acto y se encuentra entre las páginas de la revista *Pygmalion*. Si antes de que Javier Huerta se hubiera puesto manos a la obra para rescatar el texto, una compañía me hubiera pedido la adaptación para representarla en España, alegremente les habría remitido el original del que por fin disponía... y habría cometido un error. Hay que alabar que no se limitase a publicar la obra y, aplicando su perspectiva de investigador experto, me pidiese, además de la copia manuscrita, cuanta documentación pudiera encontrar, especialmente ese cruce de correspondencia que asentó una amistad epistolar durante años. Como se puede ver a través de las notas al texto y del artículo que Huerta dedica al tema, la correspondencia ha constituido un instrumento fundamental, no sólo para comprender la génesis y desarrollo de la colaboración entre los dos autores, sino para descubrir que esa versión que Gorostiza poseía y dábamos por definitiva, no lo era. Una extensa carta de Gorostiza sobre el verdadero sentido de unas cuantas expresiones, disparó los reflejos de Huerta: puesto que en los ejemplares que manejábamos esas expresiones aparecían sin modificar, acudió directamente al depositado en los archivos oficiales y ahí sí, en correc-

ciones a mano, mi padre daba cuenta de lo sugerido por el autor de la obra. La carta de Gorostiza había tenido respuesta, no en otra carta que debió de existir pero no se conserva, sino en el mismo texto. Los pequeños errores quedaban resueltos y la adaptación cerrada. Esa era la versión definitiva y esa es la que tienen ante ustedes. *Pygmalion*, haciendo honor a su nombre, no sólo ha publicado una obra inédita, sino que ha abordado una tarea de salvamento y reconstrucción de innegable valor.

En la ardiente oscuridad se publicó con un coqueto prólogo de Carlos Gorostiza y dio la casualidad de que, unos meses más tarde, la Asociación de Autores de Teatro de España, dentro del Salón Internacional del Libro Teatral que organiza cada año, decidía dedicarle una jornada de homenaje. Gorostiza iba a venir y nos pareció bonito que, ya que su encuentro con Buero no había sido posible, se produjera con otro Buero, su hijo, en una especie de *delegación a través del tiempo* que, como en la literatura, cerrase poéticamente lo que la realidad no había permitido terminar. Era el mes de noviembre de 2005 cuando me dirigí al Círculo de Bellas Artes de Madrid, donde se celebraba el Salón, para conocerlo en persona. Estaba al fondo, con un grupo de gente. Nos saludamos. Iba a empezar el acto y, por si en mi misión como *legado transtemporal* no era capaz de llenar el hueco que aquel verdadero encuentro había dejado, en un acto instintivo tomé de uno de los mostradores donde vendían libros de teatro la edición de una larga entrevista de mi padre con Francisco Torres Monreal que se titulaba *Buero por Buero*. Ya entrando a la sala, casi de sopetón, se la puse a Gorostiza entre las manos. *Buero por Buero* era una magnífica entrevista y sabía que en ella estaba contenido el espíritu de mi padre. La sesión empezó y Carlos Gorostiza habló, sí, de aquellos tiempos, de unos comienzos teatrales que tenían que ver con el exilio español, de la República, de la lucha contra el fascismo... Y de estos tiempos, en que todo estaba tan por hacer como por entonces, de cómo un discurso que se consideraba periclitado seguía estando vigente, de cómo la libertad y la justicia social seguían siendo objetivos no alcanzados. No sólo eran palabras cuyo tono me evocaba a mi padre, sino que, hoy, seis años después, vemos que empiezan a llenar, en odres nuevos, discursos de futuro ante lo que parece un marasmo del sistema económico internacional. Ahora, hasta un economista como Roubini ha llegado a decir que «Marx tenía razón», pero decirlo en aquel momento de *Fin de la Historia* me pareció tanto un acto de entereza como de valentía.

Cuando salimos, me llevé otra sorpresa. Entre el público se encontraba Analía Gadé, actriz famosa en España a la que conocía desde niño y que, vaya, resultaba ser nada menos que ¡hermana de Carlos Gorostiza! Analía me preguntó por mi madre y nos invitó a ambos a ver una función de *El acompañamiento* que se iba a representar en una sala de Madrid. Era lo que aquí llamamos *salas alternativas* pero que muy bien podríamos llamar salas *inverosímiles* porque responden a las más variadas tipologías y procedencias y no cuadran con lo que habitualmente tenemos en mente al hablar de un teatro. Se trata de locales milagrosamente adaptados de otros usos y así, por ejemplo, uno de los más conocidos, el teatro Guindalera, para darle tamaño al escenario, ha tenido que instalar sus diez o doce filas de butacas con tal grado de inclinación que, de tocarnos la última, nos sentimos como en la cumbre de un risco. No piensen por eso que las producciones de estas salas son de segundo nivel o hechas por medio aficionados; muy al contrario, cuentan, salvo en los recursos, con una calidad artística equivalente a la de los grandes teatros. Simplemente, no pueden acceder a ellos. El teatro en España es, en su gran mayoría, teatro público. En Madrid, además de los dos teatros con tres salas del Centro Dramático Nacional, el Ayuntamiento cuenta con otros tres teatros y cinco salas, la Comunidad Autónoma con un gran centro teatral de cuatro salas y cada municipio del cinturón metropolitano dispone de un gran teatro de nueva construcción. Lo mismo sucede en las demás Comunidades Autónomas, capitales de provincia y ciudades importantes. Las funciones están subvencionadas y las entradas son a bajo precio. Se programa a tiempo fijo y siguiendo ese tic electoral de que cuanto más se inaugure (estrene), más parece que se hace. Así que, incluso en Madrid, la obra se mantiene uno o dos meses y después desaparece. Un río incesante de obras buenas, malas y regulares cruza las carteleras porque la clave del negocio no es el público, sino la voluntad de los programadores, que son empleados de la administración. Y este negocio donde la subvención cubre costes y garantiza beneficios sin riesgo alguno está controlado por un puñado de grandes productoras con contactos. Hasta los años ochenta, Madrid contaba con no menos de veinticinco teatros comerciales y hasta los teatros públicos funcionaban sobre criterios de rentabilidad; hoy –si quitamos los musicales– se cuentan con los dedos de las manos, y muchos ya pertenecen a esas mismas productoras beneficiarias del dinero de la administración. Hasta los años ochenta, una compañía podía intentar abrir su camino convenciendo a un empresario de local de la bondad de su proyecto; hoy, sólo los que forman parte de la constelación de camarillas afines

suben a los escenarios. Cuando el *éxito* no es la clave de la continuidad de una obra y la falta de continuidad impide la proyección de los artistas que lo han conseguido, los autores, directores e intérpretes desconocidos se quedan donde están por muy grandes que sean... o bien intentan subsistir abriendo esas pequeñas rendijas que son los *teatros alternativos*. *Historia de una escalera* fue un gran éxito y catapultó a Antonio Buero Vallejo a la primera línea de los dramaturgos españoles. *El puente* fue un gran éxito y catapultó a Carlos Gorostiza a primera línea de los dramaturgos argentinos. Hoy en España, eso es difícilmente posible porque, en muchos sentidos, el teatro es más *oficial* a como era bajo el franquismo. «Marx tenía razón» y el mercado es uno de los mecanismos que favorecen la libertad individual, pero cuando entran en colusión las grandes empresas con el poder político, el libre mercado deja de existir.

Gracias a una de esas rendijas pude ver *El acompañamiento*. Era una antigua *sala rociera*, un tipo de local nocturno para bailar sevillanas, muy de moda hace unos veinte años. El teatro, como la vida, es capaz de brotar por entre las fisuras del hormigón más armado, y ahí brotó con todo su esplendor entre la decoración de estilo andaluz, las sillas de mimbre y madera, y el espacio para baile reconvertido en escenario. Dos magníficos actores argentinos interpretaron de manera soberbia una pieza que desconocía y que me pareció sencillamente deliciosa. Tan deliciosa como para enamorarme de ella, pues no otra cosa que amor puedo entender que era el que durante semanas no parase de repetir en mi mente y con acento argentino el latiguillo: «Che –el ‘ché’ lo ponía yo para ambientarme–, es que me falta el acompañamientooooooooooooo». Se lo dije a Gorostiza en un e-mail ya vuelto a su país y debió pensar que estaba chalado. Pero era cierto: el «acompañamientooooooooooooo» me acompañaba, me motivaba, me divertía y me hacía el día más feliz.

Y después de ver esa maravilla, Gorostiza llamó. Había leído *Buero por Buero* y creo que estaba sinceramente impresionado. Me dijo que, después de leerlo, lamentaba mucho más profundamente no haber podido conocer en persona a mi padre y charlar con él, no sólo por las coincidencias de criterio sobre el arte que compartían, sino, sobre todo, por el muy llamativo paralelismo sobre la forma en que sus respectivas sociedades habían tratado (y maltratado), comprendido (y malinterpretado), admirado (y cuestionado) su figura como autores dramáticos. Pertenecientes a una misma época, con un mismo cuidado por la construcción de sus obras, iniciando sus carreras con piezas realistas que se han vuelto emblemáticas, y grandes autores que aca-

ban siendo considerados como los principales de su país, quizás esta concomitancia de trato refleje mejor que nada una identidad de fondo que explica por qué en aquellos años 50 iniciaron una colaboración. Pero lo que me gustaría transmitirle ahora a Carlos Gorostiza es que esa conversación anhelada finalmente se había producido, que el *embajador del tiempo* había acertado con el modo, que con esa entrevista del *Buero por Buero* como credencial había conseguido mi propósito y que era así como un espíritu, el de mi padre, se había encontrado con otro, el de Gorostiza, en una concurrencia mucho más profunda que la que pudiera haber resultado de un cara a cara porque, trascendiendo la distancia de la muerte, fue con esa lectura cuando ambos autores realmente se habían *unido*.

Gorostiza nos invito a un café: el me presentó a su mujer, yo le presenté a mi madre, e intercambiamos libros. Ahora *Pygmalion*, bajo la acertada batuta de Jorge Dubatti, nos vuelve a reunir a todos en torno a un texto impreso que deja constancia de la relación entre ambos dramaturgos y aporta matices al conocimiento de sus respectivas personalidades. Por la correspondencia se ve que, aun siendo autores sobresalientes, primaba la sencillez, la franqueza, la cortesía y el respeto por los puntos de vista del otro: eran dos caballeros carteándose. Sin embargo, lo que he intentado comunicar con estas palabras es una experiencia personal. Y desde esa experiencia, lo que me sale decir (y espero que esta expresión no tenga matices distintos en argentino) es que Carlos Gorostiza es... un gran tipo.

Muchas gracias.

CARTA A BUERO
CARLOS GOROSTIZA

Querido amigo Buero:

Aquí estamos, otra vez juntos y como siempre muy cerca aunque también siempre en la lejanía. Yo debía esta noche pronunciar algunas inspiradas palabras, agradeciendo este esfuerzo realizado por la Universidad Complutense de Madrid y algunos de sus privilegiados colaboradores, quienes parecen preocupados en dejarnos colgados en algún lugar de la Historia. No te preocupes; dejémoslos a ellos con sus preocupaciones y hablemos entre nosotros -aunque ahora con un amable público presente-, como lo hicimos siempre, en la lejanía.

Desde que te fuiste, allá por el estreno de tu *Fundación* en el Teatro Cervantes de Buenos Aires, pensé mucho en la inmortalidad. Y esos pensamientos se convirtieron al fin en una convicción bastante sólida:

la inmortalidad no existe. Tal vez vos lo sepas mejor que yo, tomando en cuenta la experiencia que atravesaste. Pero yo, desde aquí, pienso que la inmortalidad no existe. Y pienso, además, que todos los mortales que pensamos en ella cuando vivimos la olvidaremos apenas arribemos a aquella otra región. Todo es conveniencia personal, por supuesto.

Pero como argumento de cierto peso avalado por sesudos estudios científicos, te diría que la creencia en la inmortalidad se disolverá algún día cuando el mismo sol que nos da la vida, que ya se está apagando lentamente, insensiblemente para nuestros ojos, se disuelva. Eso es. Desaparezca. Y con él toda pretensión de inmortalidad.

Yo sé que vos siempre fuiste severo, casi duro al exponer tus conceptos. Pero nadie negó tu amor por la condición humana. Por eso quiero aclarar que lo que existe, sí, es una inmortalidad relativa, que es la que sin pretensión de alarde podríamos denominar «recuerdo prolongado en el tiempo» o «extendido en el tiempo», como te guste. Este es el tipo de inmortalidad relativa cuya vigencia nos trajo hoy aquí a todos nosotros para recordarte y convivir con esta plausible inquietud del Instituto del Teatro de Madrid. Porque tu recuerdo, querido Buero, permanecerá entre nosotros y los vivos que nos sigan durante mucho tiempo, más allá de nuestras propias vidas.

Pero además, y yo diría sobre todo, hay un hecho que no querría dejar de mencionar, y tiene que ver con lo que queda aquí, en la tierra, de nuestra amistad. Y lo que nos queda es saber que te hemos tenido como compañero de viaje. Compañero en este viaje hermoso que es esta breve vida que alguna vez alguien nos regaló a todos nosotros. A vos, a mí, a los amigos de la Complutense y a todos los amigos que están aquí con nosotros.

Lo que lamento, sí, además de no haber podido nunca mirarte a los ojos, es no tenerte ahora aquí, junto a nosotros, en este mundo que vos tanto querías. Porque estoy seguro de que ahora lo estarías escudriñando con la misma pasión con que lo escudriñabas a través de tus tragedias. Este mundo, querido Buero, este mundo que vivimos hoy, plagado de amenazantes convulsiones sociales y de actitudes indiferentes ante los constantes quejidos de la Naturaleza, es cada vez más dramático. Más teatral. Y si no nos preocupamos un poco, un poquito, créeme que podría disolverse antes que el sol.

Y aquí te pido permiso para leerte unas líneas que escribí hace unos dos años. Estas no fueron dirigidas a vos. Pero ahora lo son, y no sólo dirigidas a vos sino también a todos los amigos que aún siguen aquí, recordándote. Y leo:

En las regiones donde los grandes movimientos geológicos son frecuentes se sabe que los primeros anuncios de la proximidad de algún temblor de cierta importancia están a cargo de nerviosos ladridos de perros y lejanos rumores de la tierra profunda. La Naturaleza siempre avisa. Y la Historia, que vive en ella, también avisa. Creo que hoy vivimos un extraordinario momento histórico del que el Hombre no tiene muchos datos pero, tomando en cuenta el inmedible tiempo histórico y no el breve nuestro, siento que está al llegar. Creo que es hora de aguzar los oídos para poder escuchar los rumores de estos posibles movimientos sociales que en el futuro harán vibrar nuestra sociedad. Se trata de escuchar el nervioso ladrido de los perros, que ya están ladrando, y los sordos rumores de la tierra profunda.

Bien. Escribí estas líneas hace dos años y es por eso que me gustaba traerlas hoy aquí nuevamente. Sé, querido amigo Buero, que no estando en este mundo se te hará difícil aguzar los oídos para escuchar el ladrido de los perros que ya están ladrando y los rumores de la tierra profunda. Pero quedamos nosotros; aquí, por ejemplo, somos unos cuantos. Y tal vez vos puedas acompañarnos desde allí, desde el recuerdo prolongado, por no decir desde tu relativa inmortalidad.

Hasta pronto, querido Buero. Te abraza tu amigo de siempre,

Carlos Gorostiza